

REVISTA
DE
CIENCIAS ECONÓMICAS

PUBLICACIÓN MENSUAL

DEL

Centro Estudiantes de Ciencias Económicas.

DIRECTOR:

ROBERTO A. GUIDI



AÑO 4

NÚM. 5-6

Nov. y Dic. de 1913



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

4835 - CALLE CHARCAS - 4835

BUENOS AIRES

LA BUROCRACIA EN LAS DEMOCRACIAS LATINAS

La creciente burocracia constituye un «peligro nacional», o más bien, internacional, porque todos los estados civiles lo temen y soportan igualmente.

Hace pocos años parecía una «calamidad latina», pero, debido a la centralización, a las leyes higiénicas, sociales, y a la instrucción pública, se abrió camino hasta entre los anglo-sajones, los libres cultores por excelencia de la autonomía individual y del «self-government». Pero en los países latinos la burocracia reina soberana: en Francia, en Italia, en España y en las repúblicas americanas del centro y del sud.

Aumentar siempre más las funciones del Estado, concentrarlas en una burocracia omnipotente, aumentar sin límites el número, y, por falta de medios o por no crear espantosos déficits, pagarla mal... esta es la triste realidad de la Francia, de las estirpes ibéricas — ya sean monárquicas o republicanas — y del Estado italiano, cuyos honorarios, comparados con los de Francia, que posee la riqueza al mismo nivel de la locura burocrática, son necesariamente muy modestos, por cuanto se trate de mejorarlos.

Un personaje, notable por su posición oficial y por su cultura, un día dijo que, cuanto más la democracia se desarrolla, con mayor necesidad se debe asegurar la acción de la burocracia; si esto fuera verdad, el ideal público de las sociedades venideras sería muy sombrío... «una democracia demagógica dominada por una burocracia arbitraria». Si las democracias no son liberales, individualis-

tas, terminarán por empantanarse en un panteismo de estado, peor que las antiguas tiranías. Para este fin es urgente curar la enfermedad del «funcionarismo», empleando una palabra que la necesidad obliga a crear.

Si surgiera en Italia un partido político con ese alto propósito, prestaría a la patria el mayor de los servicios. Revisar todos los órganos de las administraciones del Estado, con el fin de examinar si el trabajo corresponde al oficio y a la función del número de empleados y de la renta, debería ser la gran investigación. Este fué el propósito de una comisión de Estado, constituida por el Ministerio del Tesoro, que debía comparar los presupuestos de los varios países, analíticamente. Hombres competentes se habían puesto a la obra, confiando en el éxito; pero, caído el ministro del tesoro que había nombrado la comisión, su trabajo cesó y desde entonces nunca más fué reunida.

De aquella época data el aumento extraordinario de empleados... y continuará sin límites. Los mismos ministros que aumentan el número lo hacen suspirando y quejándose, pero son suspiros y quejas que pronto se los lleva el viento.

Los destinos burocráticos arrastran; y cuanto más aumenta el ejército de los funcionarios, más crece el descontento. En los tiempos pasados, en la aurora de las democracias, los partidos liberales vigilaban para que se limitaran los funcionarios, que consideraban, en su tosco lenguaje, como los cómplices del ministerio. Hoy, los partidos extremos hallan en las organizaciones de los empleados descontentos su mejor ayuda; hoy el funcionario se ha sublevado en contra de la función, y los partidos democráticos son los más ansiosos de aumentar, con las oficinas del Estado, el número y la influencia electoral.

Desde muchos años los parlamentos latinos, después de la amplificación del sufragio político, se han atribuido la tarea de repartirse los ministerios en la discusión de los presupuestos y defender contra los ministros la suerte de sus empleados. Si triunfan, son para ellos los parabienes; si fracasan, las maldiciones caen sobre los ministros por su resistencia.

Es absolutamente necesario cambiar radicalmente el sistema, de otro modo ya no será posible nivelar el presu-

puesto; el trabajo de la administración pública siempre será menos productivo y, en vez de fortalecer, debilitará el Estado. ¿Cuántas economías orgánicas no se podrían aprovechar con utilidad para la hacienda nacional y para el servicio de los mismos empleados? Ellos son los más interesados en buscarlas y a veces se ofrecieron sinceramente para ese fin; mas cuando tienen razón no se les escucha.

Todos los hombres políticos incompetentes, cuando llegan al gobierno, un solo deseo manifiestan: aumentar los órganos para colocar a los amigos; todos los competentes deberían manifestar el empeño de disminuir y simplificar los empleos, proporcionando el órgano a la función. Pero para alcanzar este importante propósito se necesita conocer los servicios públicos, o estudiarlos si se ignoran: es decir, es necesario «sufrir» el poder y no «gozarlo». Ahora bien, el gran peligro de las actuales democracias es el de tener en el gobierno hombres incompetentes, que demasiado sufrirían el poder, si tuvieran que estudiar antes que obrar...

En fin, todo gobierno libre debería concienzudamente examinar la relación, en esta gran máquina del Estado, entre el trabajo útil, la energía que lo obtiene y los roces. Se descubriría así — cosa racional en la mecánica — que una gran parte de los roces los crea el mismo trabajo mal distribuido, y que la máquina daría efectos mucho más saludables si mejoraran las condiciones de los mismos maquinistas, disminuyendo su número. Pero, ¿quién se dispone a llevar a cabo esa obra? La popularidad vulgar no favorece semejante especie de austeras reformas; un partido de personas selectas debería hacerse cargo de ella. Mientras tanto, debemos felicitarnos con aquellos que estudian la cuestión.

No conozco el Nicolai que ha publicado últimamente un libro titulado «Burocracia y funcionarios». La obra es notable; analiza especialmente la administración francesa y algo también la italiana, y los datos de que se sirvió son indiscutibles. En Francia, sobre una población de 38 millones de habitantes, más de un millón lo constituyen los empleados públicos. Desde 1846 hasta hoy, la población aumentó en 10 por ciento, los funcionarios públicos aumentaron en 110 por ciento. Mientras se manifiesta la tenden-

cia de la disminución de la población, aumentan los empleados públicos y el número de los adultos, aptos para prestar servicio a la sociedad francesa en sus oficinas particulares, es siempre más escaso.

¿Puede ser el ideal una nación de empleados, la última palabra de la democracia? ¡Dios nos libre de semejante progreso! Anádase la intriga para obtener los empleos mayores y menores, especialmente estos últimos, que vienen a ser uno de los azotes más terribles del régimen libre para las administraciones hipertróficas.

Concentraciones espantosas, aumento continuo de empleados, intrigas manifiestas ú ocultas para hacerlos nombrar... «Omnipotencia demagógica contenida por los arbitros de la burocracia»... Este es el camino que se recorre hoy y que, siguiéndolo, llevaría a la ruina.

¡Oh! regresemos a los tiempos áureos del «resorgimiento» italiano para respirar aire más oxigenado, cuando Camilo Cavour alababa al diputado Goveau porque nunca le había pedido un servicio, «manteniéndose puro de todo contacto con el poder». Y añadía: «Esta independencia de carácter, que brilla especialmente en su persona, es calidad común en Piamonte y fué causa de que esta tierra selecta fuera apta para hacer prosperar la libertad, cuando después de la derrota de Novara quedó casi aislada en medio del continente europeo. Espero y confío que este don nuestro será con el tiempo común a todos los italianos y que, en un porvenir no lejano, las virtudes que hacen a los pueblos libres brillarán a los pies del Vesubio como en las faldas de los Alpes. Sólo entonces la obra a la cual en Piamonte, ministros, diputados, escritores y periodistas han dedicado sus esfuerzos: la constitución de una Italia libre, fuerte, independiente, será cumplida».

¿Qué diría Camilo Cavour si resucitara?

El mejor modo de honrar sus memoria sería precisamente el de secundar su deseo, del cual, en cambio, nos alejamos cada día más. Y todos los pueblos latinos, a quien llamó el gran diplomático, deberían escucharlo.

LUIS LUZZATI.